

Japón: libros necesarios, necesidad de libros. Notas sobre tres títulos recientes

Fernando Cid Lucas

Ya van varios números de nuestra *Kokoro* en los que, tal vez, me he dejado llevar por el apasionamiento a la hora de redactar mis breves reseñas bibliográficas. Pero, es que, últimamente leo mucho y bueno sobre Japón. Una progresión ascendente que comenzó hace bastante tiempo y que espero siga así por muchos años más. Ejemplo de lo que ahora digo son los tres libros que presento al lector.

Al primero de ellos, *Kigo. La palabra de estación en el haiku japonés*¹, no seré yo quien le haga la entradilla de presentación, sino que tomo prestadas, una vez más, las palabras de Fernando Rodríguez-Izquierdo en su misma introducción, ya que éstas son más que certeras y juiciosas al respecto que las que yo pueda formular: “Este valioso libro puede llegar a manos de personas versadas en el haiku, o bien –por el contrario- a manos de personas que han tenido ocasión de conocer lo que dicha palabra japonesa significa²”.

Es un libro valioso, sí, señor. Muy valioso; desde su primera hasta su última palabra. El volumen está muy bien planteado, pensado para que no se pierda ni una sola de las ideas que contiene. Tras una aprovechable introducción de más de veinte páginas viene una buena cantidad de haikus en donde el *kigo*, o palabra estacional puñetera que ha echado a perder una miríada de buenos poemas occidentales escritos con el marbete de “haiku”, es el meollo del análisis realizado por las autoras.

He esperado tiempo (el tomado para hacer dos lecturas completas del libro más varias relecturas de algunos pasajes) para redactar estas pocas líneas, para poder afirmar en ellas con algo más de juicio que *Kigo* acepta varios tipos de lectura; y, en efecto, así es. El libro puede ser leído y disfrutado por quienes quieren leer y deleitarse con la chispa y la frescura de esa estrofa mínima que es el haiku; es más, lo harán con autores que no están en el canon “impuesto” por la lentitud de los estudios sobre Japón en España, aunque también están allí –que no se espante el lector más ortodoxo- los Bashō, Buson o Shiki, compartiendo todos el mismo espacio y hablándose de tú a tú los laureados por la crítica y quienes esperan ser descubiertos aún por Occidente. Esta “simple” lectura (o lectura “simple”, si me dejan ser cativo) del poema aislado podrá completarse con las explicaciones a pie de poema relacionadas con el ya aludido *kigo*, lo que no hará sino poner más luz sobre la no tan accesible poética interna del haiku. Algo necesario. Aprovecho que el Pisuerga pasa por Valladolid y vuelvo a escribir aquí lo de necesario.

Ahora sí, con *Kigo* disponible ya en las librerías, junto a esa basa fundamental para saber sobre la poesía nipona que es *El haiku japonés*³, obra de mi tocayo Rodríguez-Izquierdo, y los libros rubricados por Vicente Haya, más alguna monografía más y algún que otro buen artículo seminal, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que tenemos ya en es

pañol las herramientas suficientes para comenzar el camino comprensivo del haiku. Lo haremos bien acompañados, con los mejores guías para tal empresa, porque esa de la enseñanza es otra virtud que *Kigo* comparte con el título señero de Rodríguez-Izquierdo, lo mismo que *Aware*⁴, también reciente, del aludido Haya.

Por otro lado, hemos de reconocer que el haiku nos interesa, y mucho, además; pero creo que debería interesarnos bien enseñado. Yo apuesto por enseñanzas como las que proponen Elena Gallego y Seiko Ota, lo mismo que el prologuista del volumen que aquí traigo o el citado Vicente Haya. Enseñanzas formuladas a partir del aparato crítico que acompaña a las traducciones -aunque, no sé la razón, molesta a ciertos lectores, argumentando éstos que les distrae de su lectura-. Pero la traducción sola, aislada, casi resulta ofensiva. La comprensión de las palabras, de la mente que las formula y que construye el poema sigue siéndonos muy lejanas. Lo hemos de reconocer, nadie es menos por ello. Por eso, precisamente, son más que aprovechables los trabajos de estos traductores valientes, porque proponen un “descifrado” del poema y una justificación (léase esto con todas las virtudes con las que carga la palabra). Porque la soledad del haiku japonés en las páginas occidentales es triste, pretenciosa y no crea sino espejismos del poema original. Por ello, *Kigo* es un libro en el que nada se puede echar de menos. Ni epílogo, índice de autores o glosario. El libro de Gallego y Ota es un universo en sí mismo, con muy pertinentes llamadas a otros títulos a lo largo de sus páginas. Por

todo esto, y con la misma cordialidad con la que la gentil Elena Gallego me dedicó un ejemplar, saludo yo aquí su monografía y le auguro buena y segura travesía por nuestro ámbito editorial.

Los otros dos títulos que comento me llegaron en Valencia, donde coincidí con esos buenos amigos y magníficos profesionales del libro que son Alfonso García y Marián Bangó, responsables ambos de la editorial Satori. Como regalo de despedida a nuestro breve encuentro me entregaron dos obras imprescindibles que ya están en mi mesilla.

*El gran espejo del amor entre hombres*⁵ ya lo conocía yo en la versión hecha desde el inglés de 1985 publicada en Barcelona por Laertes. Pero llega ahora (su primera parte), desde el japonés original, al cuidado de Carlos Rubio, quien, además de realizar su introducción, es coautor de la traducción junto a Akiko Imoto. Tener a Carlos Rubio en la alineación significa tener garantía de rigor y de seriedad, de trabajo minucioso. En efecto, en las más de sesenta páginas que ocupan la introducción explica al detalle el momento histórico y la cultura propia del periodo Edo, la pujanza de los *chōnin*, que fueron quienes dictaron los fueros del arte (al menos del que trascendió, el que se hizo a pie de calle, en los mercados y en las calles de los gremios), etc. Esa es la geografía del *ukiyo-e*, de los *ukiyo-zoshi* y del mismo *Kabuki*; ese es el poso sobre el que se asienta el amor homosexual que nos presenta Ihara Saikaku (1642-1693).

Tema tabú en Occidente, aunque no desconocido, que se abstenga el mor-

boso y que prosiga quien quiera disfrutar de la delicadeza amorosa en un mundo frenético, poblado por samuráis, solícitos sirvientes o por actores, divos que se saben amados por el público (llano y cortesano). Un libro bueno, en definitiva, para conocer la vida interior de las ciudades, pero hecho desde la presentación del exterior de ese largo periodo aislacionista que fue el Edo.

*La vida de Budori Gusko*⁶ es otro cantar. Quien haya leído *El tren nocturno de la Vía Láctea*⁷ entenderá que seguir leyendo a Miyazawa es necesario y bonito, máxime en estos días extraños, donde uno guarda pocas ganas -con la que está cayendo- para imaginar o soñar. Pero ya lo hace por nosotros un autor de vida breve; ya lo hace por nosotros Miyazawa de manera insuperable.

En su presentación en Valencia, Marián me confesó que este libro fue pergeñado por Alfonso García, y yo, desde aquí, le alabo el gusto. *La vida de Budori Gusko* es un conjunto de cinco cuentos deliciosos de Miyazawa Kenji (1896-1933) que pueden leerse del tirón, sin la necesidad de andar mirando el reloj. Eso, por sí solo, ya es de alabar.

Alfonso es un hombre sensible, con mirada de soñador, con un corazón puro, por eso, cuando en dicha presentación Marián contó que la elección había sido tomada por Alfonso no me sorprendió en absoluto. Y creo que ha elegido bien, yo creo que Budori, Miyazawa y Alfonso son ya, gracias a la magia de la ecdótica, hojas del mismo trébol.

Al finalizar la lectura de este libro uno descubre que no tiene edades; el

libro puede ser leído para acompañar a los más pequeños a la cama o por el ocupado hombre de negocios que busque una ventana que le lleve una bocanada de aire fresco y puro. Eso es lo que me ha parecido siempre Miyazawa: aire fresco y puro hecho grafía. Miyazawa fue un hombre sensible, de una gran imaginación, y eso está patente en sus relatos. La naturaleza, los sentimientos, la piedad, la espiritualidad japonesa... todo esto y más está en Miyazawa y se encuentra disponible ya en nuestro idioma gracias a Satori. Porque Miyazawa es un Miyazaki de la palabra. Es un creador de personajes imposibles que entran por nuestros ojos sin estridencias, que aceptamos y albergamos en nuestro corazón nada más conocerlos. Todas las voces de la Naturaleza, las caudales y las chicas, nos hablan desde sus narraciones, y eso está bien, es justo y también necesario. Esto, lo digo por quien vive pegado a la pantalla del televisor, la tableta o el teléfono -que acaso sean la misma voz-, es de agradecer mucho. Les invito, pues, a que lo lean. Tengan por seguro que no les va a decepcionar.

Notas:

- 1 Madrid, Hiperión, 2013.
- 2 OTA, Seiko y GALLEGO, Elena (introducción de Fernando Rodríguez-Izquierdo), *Op. Cit.*, p.9.
- 3 Madrid, Hiperión, 1994 (y sic.)
- 4 Barcelona, Kairós, 2013.
- 5 Gijón, Satori, 2013.
- 6 Gijón, Satori, 2013.
- 7 Gijón, Satori, 2012.

